

GARCÍA DE LA HUERTA, VICENTE (1734-1787)

CANTO y CANCIÓN

INDICE:

CANTO

recitado en la Junta general celebrada por la Real Academia de S. Fernando en 3 de julio de 1763, para la distribución de premios a los discípulos de las Nobles Artes

CANCIÓN

que por encargo de la Real Academia de San Fernando compuso el Autor, con motivo de haber remitido a ella el Príncipe N. S. y el señor Infante don Gabriel dos diseños de arquitectura delineados, spombreados y firmados de sus manos. Díjose en la Junta general de 3 de julio de 1763

CANTO

recitado en la Junta general celebrada por la Real Academia de S. Fernando en 3 de julio de 1763, para la distribución de premios a los discípulos de las Nobles Artes

I

Ninfas del Manzanares, si algún día
el vulgo de sus faunos os vio atento,
suspensas de la débil armonía
del menos que bucólico instrumento;
hoy, que siguiendo más sublime vía
renuevo el antes aplaudido intento,
renovad la atención, porque ella sea
inspiración y elogio de mi idea.

II

Hechos oiréis que excedan las ficciones
de las más elevadas fantasías,
y ser mis decantadas predicciones
sucesos ya que ilustran nuestros días.
Si ocupan mundo y fama los blasones

del grande Carlos, a las rimas más
ofrezcan en señal de amor profundo
su voz la fama, su teatro el mundo.

III

Verde dosel, hermoso más que agosto,
esmeros y delicias del verano,
era el follaje de un laurel robusto
pulido del primor de culta mano.
Ni el helado aquilón, ni el sirio adusto
violar pudieron su verdor lozano,
la vez primera que la envidia impura
no se atrevió a insultar a la hermosura.

IV

Acaso porque el dios del bosque ameno,
su belleza mirando peregrina,
hizo su albergue su copado seno,
o en él estableció su ara divina;
o que, de glorias contemplando lleno,
el español imperio le destina,
siguiendo al uso sus constantes leyes
a coronar los triunfos de sus reyes.

V

Sobre el húmedo césped descansaba
al pie de este hijo bello de la tierra,
al blando silbo, que entre guijas daba
líquida sierpe que nació en la sierra.
Morfeo, que de cerca me acechaba,
declara a mis sentidos dulce guerra;
rindióme, acreditándome vencido,
lo más noble del alma suspendido.

VI

Al punto me ofreció la fantasía,
coronado de excelsos torreones,
si no el palacio del autor del día,

otro, que ilustran más decoraciones.
De estrellas puras y oro puro había
labrado los augustos paredones
el artífice, uniendo con desvelo
lo más precioso de la tierra y cielo.

VII

El orden no de Jonia ni Corinto
en el noble edificio se ostentaba,
ni en todo su magnífico recinto
el Toscano ni el Dórico brillaba.
Otro orden superior, otro distinto
la corpulenta máquina animaba,
su primor aumentando su decoro
luz a los astros, brillantez al oro.

VIII

Ser al principio imaginé el febeo
alcázar; y que allí con pie profano
me había conducido mi deseo,
a ser de su esplendor nuevo tirano.
Nuevo castigo al nuevo Prometeo
vibraba sobre mi celeste mano,
siendo aun en la ilusión el triste agüero
a culpa incierta susto verdadero.

IX

Huir quería, y presuroso huyera,
si, previniendo mi turbado intento,
otro nuevo prodigio no acudiera
a poner en mí fuga impedimento.
De verde edad un bello joven era
que, conducido por el leve viento,
serenó con su vista mis enojos,
prisión del pie y asombro de los ojos.

X

Un manto del color del claro cielo

al hombro con gentil aire terciado
era su adorno, y sobre el blondo pelo
azul sombrero de alas coronado.
Coturno alado para el pronto vuelo
y bastón también de alas adornado,
que la lid de dos sierpes dividía
del precioso metal que el Tajo cría.

XI

«No temas, dijo con acento blando
el dios; y, pues la suerte te ha traído
al sagrado lugar que estás mirando,
a otro mortal ninguno concedido,
irás a tu memoria confiando
cuanto alcances con vista y con oído,
porque después su relación extraña
admire al mundo y engrandezca a España.

XII

Ese edificio excelso que reparas,
cuya custodia a mí Minerva fía,
sudor es de las tres deidades claras
que imitan cuanto cielo y tierra cría;
aquellas, digo, que en sus cultas aras
venera la mantuana Academía,
y a quienes Carlos, dando al orbe ejemplo,
entre sus lares las consagra templo.

XIII

Ellas, en fe de cuanto lo agradecen,
este padrón erigen a sus glorias,
donde a los siglos que vendrán ofrecen
conservadas sus ínclitas memorias;
aunque, si tanto sus blasones crecen,
mal podrán comprenderse sus historias,
ni será cuanto el orbe se derrama
templo bastante a su gloriosa fama.»

XIV

Esto dijo y, moviendo el caduceo,
el dorado dintel tocara apenas,
cuando patentes hizo a mi deseo
arcanidades de lo humano ajenas.
No pasma tanto en el undoso Egeo
al piloto la voz de las sirenas,
que a su muerte conspiran con su canto,
como a mis ojos el divino encanto.

XV

Era una suntuosa galería,
a cuyo extremo por ningún camino
la más aguda vista alcanzaría,
cansada aun en lo vario y peregrino.
Un zafiro era el techo, donde hería
del rubio Apolo el resplandor divino,
y en él con tal viveza se copiaba
que un nuevo cielo con su sol formaba.

XVI

Ricos despojos del pincel valiente,
que del oro el valor sobrepujaban,
y de docto cincel promiscuamente
cubrían la pared o entretallaban.
Gran lugar ocupaba dignamente
el buril, y los huecos que quedaban
con obras de arrogancia y hermosura
de milagros llenó la Arquitectura.

XVII

Trasladó la Escultura a un mármol pario
de Carlos la real munificencia,
las llaves franqueando de su erario
a la toga y la espada con clemencia.
Marte no tan feroz ni temerario,
y Minerva sumisa con decencia
su gratitud al don que recibían
con muda voz a Carlos exprimían.

XVIII

La disciplina militar expuso,
de la mano de Apeles auxiliada,
en un cuadrado lienzo que dispuso
su antigua brillantez acrecentada.
Bizarra tropa, ejercitando al uso
de mejor arte o el fusil o espada,
en su gallarda muestra y movimiento
llevaba sobreescrito el vencimiento.

XIX

De allí no muy distante parecía
un medallón, cuyo espacioso plano,
el rubio bronce que Corinto envía
relevaba con arte soberano.
En él la siempre humana cirugía,
al pecho puesta la obsequiosa mano,
rendidas gratitudes tributaba,
y el coturno de Carlos adoraba,

XX

En otra parte el cobre suavizado,
al oro compitiendo en pulimento,
a esfuerzos del buril más delicado
cómodo figuraba un pavimento.
Mostraba allí su aspecto abrigado
Mantua, y con más decoro y ornamento,
grata al nuevo esplendor que le debía,
dosel más digno a Carlos ofrecía.

XXI

Más adelante se elevaba exenta
una aguja, que obró maestra mano,
con los rayos que en lid sanguinolenta
vibró Mavorte o inflamó Vulcano.
El acueducto allí se representa,
con que a Segovia enriqueció el romano,

y una inscripción, en donde se leía,
Nueva Escuela Real de Artillería.

XXII

Animado a merced de la Escultura
reconocí de España el genio bello,
con dobles alas que a la esfera pura
le elevaban a ser de luz destello.
Hiedra, laurel, oliva, encina dura
ofrecían corona a su cabello,
y tapete a sus plantas los blasones
de almenados castillos y leones.

XXIII

Reparé que en la diestra sostenía
una fábrica antigua, cuyo seno
a la vista de todos se ofrecía
de humanidad y de riquezas lleno.
Ser conocí una ilustre librería,
que, retratando un paraíso ameno,
los deliciosos frutos que llevaba
con dulce agrado a todos franqueaba.

XXIV

Allí la aplicación fogosa ardía
de sublimes ingenios laboriosos,
haciendo con su estudio cada día
los blasones de España más famosos.
Sobre la puerta principal había
de Carlos un retrato y en lustrosos
caracteres decía un lema breve:
A ti, oh gran Carlos, mi esplendor se debe.

XXV

En el opuesto muro resaltaba
de oro una medalla primorosa,
cuyo medio relieve retrataba
la acción menos feliz y más gloriosa.

Armada formidable vomitaba
gente feroz, escuadra numerosa
sobre los campos, que si el mar circunda,
el ejército nuevo los inunda.

XXVI

Era la Habana, a quien la saña oprime
del marítimo inglés, cuya fiereza,
aunque al principio con valor reprime,
triunfó la inmensidad de la braveza.
Ya estrecho cerco con rigor comprime
de pocos defendida fortaleza;
pocos, que muchos deben presumirse
los que intentan morir y no rendirse.

XXVII

Es su caudillo aquel hijo de Marte,
Velasco, claro honor de las montañas,
entrando de sus glorias a la parte
González en la muerte y las hazañas.
Ya el hierro ardiente el aire turbio parte,
rugiendo a su estampido las campañas,
del fuerte siendo escándalo y fracaso,
y de valientes vidas triste ocaso.

XXVIII

Sin miedo a la continua batería
y estrago de morteros y cañones
mantiene la española bizarría
los ya desmantelados torreones.
Ya apenas piedra sobre piedra había,
cuando, uniendo los fuertes corazones,
si bien del largo padecer deshechos,
nuevas murallas forman de sus pechos.

XXIX

Turbó al inglés la acción desesperada,
llenándole la envidia de despecho;

pero una mina con furor volada
ruinosa puerta abrió por largo trecho.
Llevó el estrago a la feliz morada,
a recibir el galardón del hecho,
las almas de españoles venturosas
en coronas más dignas y gloriosas.

XXX

Troncos cuerpos de espíritus altivos
dejan los campos de pavor cubiertos,
que con fieros semblantes, más que vivos,
amenazan aun pálidos y muertos.
El muro aportillado ejecutivos
entran los anglos, de su triunfo ciertos;
pero les pone su defensa ruda
el daño en claro y la victoria en duda.

XXXI

Quien, porque ya la munición faltaba,
sobrándole el esfuerzo y valentía,
del inútil fusil haciendo clava,
los monstruos calidonios abatía;
quien, ya sin armas, las que a la ira daba
la ruina en sus peñascos impelía,
siendo despojo en su furor extremo
mil Acis a los pies de Polifemo.

XXXII

Mas, triunfando los hados injuriosos,
y al sangriento rigor de las heridas
muertos los capitanes valerosos,
último resto de las nobles vidas,
entran los vencedores, que, furiosos,
buscando a sus espadas homicidas
empleo, sólo hallaron en el fuerte
repetida la imagen de la muerte.

XXXIII

¡Oh, tragedia feliz, que da a España
aun en la adversidad perpetua gloria;
nombres felices, cuya heroica hazaña
tendrá en la voz del orbe viva historia!
Pues del olvido contra el odio y saña
monumentos previene a su memoria
tierra y mar, y con muestra peregrina
el primor de una mano salmantina.

XXXIV

Una columna en distinguido asiento
con singular esmero cincelada
al esfuerzo español del Sacramento
la colonia figura sojuzgada;
del ejército el brío y ardimiento,
y del caudillo la gloriosa espada,
en Italia otro tiempo conocida,
y de propios trofeos guarnecida.

XXXV

Más adelante el gran templo de Jano
copió un pincel, en cuyo centro encierra
el grande Carlos con potente mano
el espantoso monstruo de la guerra.
Brama oprimido dentro, e inhumano
salir quisiera a perturbar la tierra,
a no ser freno de su furia insana
de Carlos la presencia soberana.

XXXVI

Una deidad del cielo se deriva
de virginal pureza decorada,
ceñida el pelo de brillante oliva,
y el cuerpo de una túnica nevada.
Igualaba del sol la llama viva
el resplandor de la deidad sagrada,
y a descubrirse entonces las estrellas,
fueran menos brillantes, menos bellas.

XXXVII

Sostenida en el aire con humano
ademán coronó a Carlos la frente
la dulce paz, llenando el soberano
aspecto de delicias el ambiente.
El reprimido orgullo lusitano,
del blasón figurado en la serpiente,
que domó Carlos con robusta planta,
respira libre y la cerviz levanta.

XXXVIII

En medio de la excelsa galería
armado Marte a Carlos representa,
benignidad vertiendo y alegría
sobre el ara de jaspe en que se asienta.
Cuanto el soberbio templo se extendía,
llena de majestad la efigie exenta,
y el grave rostro del sagrado bulto
inspira religión, provoca a culto.

XXXIX

Obra era el busto de la docta mano,
que acrecentar honor a Grecia sabe,
y restaurar con arte más humano,
cuanto al cincel el tiempo menoscabe.
Al ver el simulacro soberano,
bañóse el pecho de contento suave,
y del afecto natural movidos
arrebato la vista los sentidos.

XL

Volar quisiera a venerar postrado
al monarca mayor y más glorioso,
y en el augusto altar dejar grabado
mi labio siempre humilde y obsequioso.
Arrójome veloz, y conturbado
del movimiento al ímpetu furioso,
despierto, y desvanécense en el viento

sueño, palacio, altar y pensamiento.

XLI

Lloré perder la vista deliciosa,
sin poder penetrar completamente
cuanto la augusta casa misteriosa
comprendía en su ámbito luciente.
Mas, si la suerte menos rigurosa
algún alegre día me consiente,
me oirán cantar del Tajo las napeas
Homero a Aquiles, y Virgilio a Eneas.

XLII

Entretanto, vosotros, generosos
alumnos de la ilustre madre, a quienes
hoy Astrea reparte victoriosos
círculos con que orléis las nobles sienas,
esforzad los espíritus gloriosos
a empresas que más dignos parabienes
os puedan merecer; que yo, hasta tanto,
suspendo el plectro y finalizo el canto.

CANCIÓN

que por encargo de la Real Academia de San Fernando compuso el Autor, con motivo de haber remitido a ella el Príncipe N. S. y el señor Infante don Gabriel dos diseños de arquitectura delineados, spombreados y firmados de sus manos. Díjose en la Junta general de 3 de julio de 1763

Dulce, canora Clío,
robate un breve rato al sacro coro,
dejándote traer del leve viento,
y pulsa a ruego mío
los trastes de cristal, las cuerdas de oro
del celestial dulcísimo instrumento;
que, si proteges mi glorioso intento,
lograrás que a la dulce melodía
suspendan las esferas

su voluble porfía,
las aguas sus corrientes lisonjeras,
y el sol su curso pare,
mientras tu lira con mi voz sonare.

Teatro suntuoso
era un regio salón a circo grave
de ingenios de Minerva laureados.
Su recinto espacioso
parece que archivó con rica llave
los primores allí más delicados.
De piedras y de lienzos animados,
no cubrirse, formarse parecía
la magnífica pieza;
y como el arte había
en ellos apurado su destreza,
engañado el discurso
los juzgó tal vez parte del concurso.

El acto presidían
bajo regios doseles elevados
todas las Gracias sólo en dos matronas.
En sus ojos lucían,
y en su vestido virginal sembrados,
los astros más brillantes de las zonas.
Ostentaba una y otra seis coronas
a concurso de espíritus alados,
que con graves tareas
a lienzos preparados
piedra y metal trasladan mil ideas,
y compiten activos
del laurel los honores siempre vivos.

Los mármoles molestos
unos hendían, otros figuraban
edificios que a líneas dividían;
otros los indigestos
colores con fatiga quebrantaban;
templar el duro hierro otros porfían.
Aquí el luciente cobre sacudían,
haciéndole al buril más obediente;
liquidaban metales
allí con llama ardiente,

y todos daban en su afán señales,
que su ingenio fecundo
formaba el embrión de un nuevo mundo.

Sus obras ya ofrecían,
del último primor acrisoladas,
tímidos al examen riguroso.
Unos se prometían
las coronas al digno reservadas;
otro desconfiaba temeroso.
La expectación del circo numeroso
severidad al acto acrecentaba;
y al tiempo que ya Astrea
el premio preparaba
con que ilustrar la más feliz tarea,
un extraño suceso
el acto suspendió, pasmó el congreso.

Las ajustadas puertas
de fuerzas soberanas impelidas
con súbito rumor y común susto
parecieron abiertas;
retrajo de las venas comprimidas
el rojo humor el pecho más robusto.
A todos ocupaba el terror justo
cuando, sembrando luces celestiales,
con luminosa huella
ilustró los umbrales
una deidad, cuya presencia bella,
cual Febo el claro día,
a los ánimos trajo la alegría.

Torreada corona,
como suele a Minerva atribuirse,
su hermosa frente con honor ceñía.
Ornaba su persona
un ropaje, cuya obra distinguirse
el celeste esplendor no permitía.
En la siniestra por blasón regía,
en vez de cetro, del metal precioso
compás y escuadra, dando
su ademán generoso
muestras de majestad, y provocando

con amable violencia
su augusto aspecto a culto y reverencia.

La noble Arquitectura,
con real esplendor condecorada,
de todos conocida fue al momento;
y con civil dulzura,
de las caras hermanas saludada,
llegó a ocupar el superior asiento.
Entonces, dando al aire el blando acento
en delicadas voces y suaves,
con notable energía,
estas razones graves
articuló, bañando la armonía
la región leve y pura,
y el ánimo, el deleite y la dulzura.

«En vano los laureles
en mi agravio destina vuestra mano
a triunfos que a mí sola se han debido.
Pues ni Fidias ni Apeles,
ni cuantos por su ingenio soberano
libertaron sus nombres del olvido,
ni cuantos larga edad ha producido
en los climas de Europa venturosos,
disputarme pudieran
sus blasones gloriosos;
y cuando a empresa tanta se movieran,
sería el vencimiento
pena segura al ciego atrevimiento.»

Sacó entonces del seno,
sobre el terso papel delineadas,
dos fábricas de dórico artificio,
en el blanco terreno
con tan grande primor perficionadas,
que el más severo dio de pasmo indicio.
No encontró el más escrupuloso juicio
sino la admiración en sus primores;
primores que excedían
los aplausos mayores
que al numeroso circo merecían,
cuyo asombro advirtiendo,

así la diosa prosiguió diciendo:

«A mí se deben sola
coronas de mayor merecimiento
y premios de más alta jerarquía;
pues el hado acrisola
su influjo grato a mi favor atento,
colmándome de dichas y alegría.
¡Oh, memorable, venturoso día
de mí con blanca piedra señalado
y digno sacrificio!
En mi pecho obligado
templo tendrás, y con humilde oficio
el ánimo devoto
repetirá cada momento el voto.

Pues noble empleo he sido,
de maestra gozando privilegios
y honores que llegó nadie a lograrlos,
y estudio ennoblecido
del desvelo de dos jóvenes regios,
digna progenie del glorioso Carlos;
dos jóvenes excelsos, que al nombrarlos
el orbe todo con razón se humilla
y la dichosa España,
doblando la rodilla,
por cuanto el Betis, Ebro y Tajo baña
en floridos vergeles
rinde a sus pies olivas y laureles.

Aquestos monumentos,
con que hoy enriquecemos han querido
sus ilustres tareas venturosas
y sublimes talentos,
con dignidad y con honor debido,
logren veneraciones obsequiosas.
Vosotras, oh deidades generosas,
y genios a la gloria consagrados,
depositarios fieles
de tan ricos dechados,
alfombras prevenid, colgad doseles,
y construid altares
a vuestros nuevos dioses tutelares.

Empresas que acreditan
aun en la tierra edad maduros bríos,
en breve el orbe llenarán de glorias,
cuando ya supeditan
tan ancho campo a los elogios míos,
y tan fértil materia a las historias.
Acumular victorias a victorias,
a ser vendrá su más digno ejercicio,
y adquirirse renombres
del común beneficio,
siendo, por eso eternizar sus nombres,
blasón de los pinceles,
gloria de los buriles y cinceles.

Los ingenios sutiles,
que los néctares liban de Helicon,
y al Pindo huellan la cerviz sombría,
en sus cultos pensiles
a sus dos frentes tejerán corona;
corona que a los siglos desafía.
Darán feliz asunto a su armonía
las conquistas de bárbaras naciones,
seguidas e imitadas
las paternas acciones,
de la fama en el templo atesoradas,
la paz establecida,
y Astrea al suelo restituida.

Las ciencias obsequiosas,
fomentadas también por todas partes,
publicarán sus timbres igualmente;
y con muestras piadosas
favorecidas las sutiles artes
extenderán su fama al continente
del nuestro más remoto y diferente.
Pasma será y envidia al extranjero
la relación gloriosa
del paternal esmero,
con que las honren, y será famosa
en cuanto Febo baña
por tan heroicos príncipes España.

Aunque a tantos primores
con que hoy ilustran nuestro docto gremio,
y en permanentes sellos reduplican
nuestras glorias mayores,
podremos prevenir en vano premio
competente al honor que nos aplican.
Pero ya las esferas les dedican
en sus estancias plácidas y bellas
premios más permanentes
en coronas de estrellas,
cuando, felices hechas ya las gentes
de los dos hemisferios,
trasladen a los astros sus imperios.

Y en tanto, porque vea
el orbe de su amor claras señales,
a Carlos y Gabriel el premio debe
la dichosa tarea,
y el círculo de ramas inmortales,
con que el sudor ilustre se promueve.»
Esto dijo, y lloviendo el viento leve
guirnaldas, en un punto coronadas
las vencedoras sienas
quedaron, y embargadas
del súbito placer y extraños bienes
del cuerpo las acciones,
y hecho el sentido un mar de admiraciones.

La común algazara,
los dos amados nombres repitiendo,
al cielo con estrépito subía.
La esfera pura y clara,
a las voces del suelo respondiendo,
el aplauso esforzó con su armonía.
Y yo, que parte fui de la alegría,
obedeciendo al superior mandato
que me ilustra y apremia,
perpetuar así trato
el suceso feliz, docta Academia,
si por ventura Clío
no desdeñó el humilde ruego mío.